



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Tipo de documento: Artículo de Reflexión

2023

Ivonne Sierra Ortiz & Mario Orozco Guzmán

Los secretos: una mirada psicoanalítica

Revista Affectio Societatis, Vol. 20, N. ° 39, julio-diciembre de 2023

Art. # 02 (pp. 1-24)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

ARTÍCULO DE REFLEXIÓN



LOS SECRETOS: UNA MIRADA PSICOANALÍTICA

Ivonne Sierra Ortiz¹

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México

ivonne_so@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-7252-7720>

Mario Orozco Guzmán²

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México

orguzmo@yahoo.com.mx

<https://orcid.org/0000-0001-5365-9966>

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v20n39a02>

Resumen

En el orden de la transmisión entre generaciones lo que se oculta, por su carácter sufriente y hartas veces traumático, retorna y se hace presente en el linaje a través de síntomas extravagantes que no se corresponden con la historia personal del sujeto. El total desconocimiento de lo que habita, da forma y motiva la condición sintomática puede llegar a paralizar la movilidad psíquica dejando al sujeto presa de una escena que, aunque

pertenece a una línea ascendente, se incrusta en su psiquismo y desde ahí ejerce sus efectos. Problematizar lo concerniente a la transmisión de secretos inter y transgeneracionales, desde una mirada psicoanalítica, obliga a abrir la escucha al tejido generacional sobre el cual se sostiene la trama de una vida.

Palabras clave: secretos, psicoanálisis, genealogía, transmisión.

1 Doctorante en el Doctorado Interinstitucional en Psicología, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Maestra en Psicología con énfasis en Estudios psicoanalíticos: Teoría y clínica, Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Licenciada en Psicología, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Coordinadora del proyecto editorial Ficciones clínicas.

2 Psicoanalista. Doctor en Psicología, Universidad de Valencia, España. Profesor investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Coordinador del cuerpo académico "Estudios sobre teoría y clínica psicoanalítica".

SECRETS: A PSYCHOANALYTICAL PERSPECTIVE

Abstract

In the order of transmission among generations, what is concealed – due to its suffering and very often traumatic nature – returns and becomes present in the lineage through extravagant symptoms that do not correspond to the subject's personal story. The total ignorance of what inhabits, shapes, and motivates the symptomatic condition may paralyze the psychic mobility, thus leaving the sub-

ject prey to a scene embedded in the psyche, from where it exerts its effects despite belonging to an ascending line. Problematizing the transmission of inter- and transgenerational secrets from a psychoanalytical perspective requires listening to the generational fabric that supports the story of a life.

Keywords: secrets, psychoanalysis, genealogy, transmission.

LES SECRETS : UNE PERSPECTIVE PSYCHANALYTIQUE

Résumé

Dans la transmission entre générations, ce qui est caché, du fait de son caractère malaisé et souvent traumatique, revient et devient présent dans la lignée à travers des symptômes extravagants qui ne correspondent pas à l'histoire personnelle du sujet. L'ignorance totale de ce qui l'habite façonne et motive sa condition symptomatique et peut paralyser sa mobilité psychique, en le laissant en proie à une scène qui, bien qu'appartenant

à une lignée ascendante, s'inscrit dans son psychisme et, à partir de là, exerce ses effets sur lui. S'interroger sur la transmission des secrets inter- et transgénérationnels, depuis une perspective psychanalytique, nous oblige à être à l'écoute du tissu générationnel sur lequel s'appuie l'histoire d'une vie.

Mots clés : secrets, psychanalyse, généalogie, transmission.

OS SEGREDOS: UMA VISÃO PSICANALÍTICA

Resumo

Na ordem da transmissão entre gerações, o que está oculto, devido ao seu carácter sofrente e muitas vezes traumático, volta e torna-se presente na linhagem através de sintomas extravagantes que não correspondem à história pessoal do sujeito. O total desconhecimento do que habita, molda e motiva a condição sintomática pode fazer paralisar a mobilidade psíquica, deixando o sujeito presa de uma cena que, embora

pertença a uma linha ascendente, se incrusta no seu psiquismo e a partir daí exerce os seus efeitos. Problematicar a transmissão de segredos inter e transgeracionais, de um ponto de vista psicanalítico, obriga a escutar o tecido geracional sobre o qual se sustenta a trama de uma vida.

Palavras-chave: segredos, psicanálise, genealogia, transmissão.

Recibido: 12/04/2023 • Aprobado: 01/06/2023

Lo que no podemos decir sólo podemos mostrarlo

Wittgenstein, 1928

La posibilidad que tiene el sujeto de anidar secretos en su interior y negarse a comunicarlos enmarca un ejercicio que, por su cotidianidad, suele ser desestimado. Sin embargo, poderle ocultar algo al otro es el resultado de un largo proceso psíquico que, en todos los casos, requiere ser conquistado. Retirar y esconder algún saber, deseo, ensañación, sueño o cualquier otra cosa de la mirada externa es un paso necesario para la constitución del yo que en un inicio se encuentra ceñida en su estructura a la relación imaginaria y alienante con el otro (Lacan, 1981/1953-1954). Así, el niño pequeño al silenciar intencionalmente algo se asegura la salvaguarda de un fragmento propio de historia, tierra fértil para la construcción y establecimiento de lo íntimo que se ubica siempre en un más acá de la intervención ajena. “Sans la possibilité de préserver un secret, il n’y a point d’estime de soi, point de liberté et peut-être même point d’amour³” (Tisseron, 2019/2011, pág. 3). Mantener un secreto es un ejercicio que demanda un margen de libertad, amor y aprecio de sí mismo, y, entonces, cuidarlo puede representar la demarcación de un espacio valioso, un espacio corporal.

Asimismo, la mentira es un recurso fundamental para mantener cierta opacidad yoica que proteja de la invasión externa al cachorro humano. Engañar, pronunciando algo distinto de lo que se cree y/o se piensa, únicamente es posible a partir de que se ha podido diferenciar el propio yo del otro. Desde esta perspectiva, mentir encarna un signo de lucha ante la enajenación y la voracidad de las identificaciones primordiales que se inscriben con tal fuerza que, en algún momento, es necesario pronunciarse en su contra so pena de disolución subjetiva. Mentir, pues, para el pequeño es jugar con los deseos, las palabras y los secretos; es, de alguna manera, entrar en el juego de la seducción. Sin la posibilidad primera de guardar secretos y decir mentiras no hay asidero estable ni para las relaciones sentimentales ni

3 “Sin la posibilidad de guardar un secreto, no hay autoestima, libertad y quizás tampoco amor”. La traducción es nuestra.

para la construcción de la intimidad. Igualmente, sin la diferenciación subjetiva primordial entre lo exterior (lugar de proyección de lo displacentero) y lo interior (lugar de introyección de lo placentero), que Freud (2006/1925) señalaba indispensable para la simbolización de la represión, lo que se cierne es el campo de la locura.

Sin recursos para guardar algo escondido caemos en la locura. (...) Esquizofrénico es quien no ha logrado la intimidad imprescindible para mantener a resguardo sus pensamientos, por lo que cree que cualquiera se entera de ellos o se los impone arbitrariamente (Colina, 2013, pág. 13).

Al existir una excesiva claridad que pone al descubierto lo más íntimo, el otro deviene persecutorio, pues nada le puede ser ocultado. La clínica infantil atestigua la manera en que los niños comienzan a mentir y/o a guardar secretos a sus padres. Curiosamente, el contenido de lo deliberadamente escondido, en un inicio, suele remitir a aspectos triviales de la cotidianidad que aparentemente no tiene mucho sentido tergiversar u ocultar. El niño emprende este ejercicio de manera ingenua, quizás en parte porque aún confunde el deseo con los hechos, quizás también como un intento de erigirse como el único dueño de sus pensamientos y con ello poder entrar en “el juego creativo de la realidad” (Colina, 2013, pág. 20), participando en el intercambio de los símbolos y de los signos compartidos culturalmente. Frente a ello, los encargados de la crianza del pequeño demandan con angustia al profesional psi la erradicación de dichas conductas en pro de las buenas costumbres, lo correcto y lo moralmente aceptado. Desgarrar el velo de la privacidad que recién se está edificando y constreñir al sujeto en plena constitución psíquica a mostrarse “a cielo abierto” (Lacan, 1990/1955-1956, pág. 89) ante sus objetos parentales, es un ejercicio que subvierte la representación imaginaria que se está formando de sí mismo, la apropiación de su cuerpo y la posibilidad de emergencia de su deseo.

Freud (2006/1913) se detuvo a descifrar la significación de la mentira en los niños. De entrada, propone que esta puede proceder de una postura imitativa de alguna persona adulta que incurra en tales comportamientos; de forma que en lugar de ser motivo de fastidio

y castigo, debería apelar a la reflexión de los educadores. Asimismo, atisba la participación del amor, de un amor sumamente intenso e inconfesable, en el ejercicio mismo de la mentira, lo que permite inferir que el deseo se encuentra implicado en su despliegue.

La mentira puede tener una repercusión lamentable si conlleva un equívoco en las relaciones entre la criatura y la persona a quien se profesa la pasión amorosa. Una paciente de Freud evoca un episodio de su niñez que para ella constituyó un “punto de viraje” (Freud, 2006/1913, pág. 323) en su historia. Después de ese acontecimiento pasó de ser alguien con mucha confianza en sí misma a ser demasiado temerosa. Ese episodio gira en torno al dinero, a un dinero que le pedía al padre para adquirir pinturas que le permitirían colorear huevos de Pascua. El padre se niega a proveer el dinero para tal adquisición, pero accede a pagar una contribución escolar que la niña requiere. Sin embargo, con una parte restante de esa suma, finalmente otorgada por el padre, la niña adquiere algunas de las pinturas que pretendía conseguir inicialmente. Es cuestionada por su padre acerca de si realmente no habría comprado los objetos de su demanda inicial, ella lo niega rotundamente, sin embargo, un hermano algo mayor la descubre. Más allá de los detalles que Freud encuentra en el orden transferencial, lo que expone es la repetición de un evento de la niñez temprana. Un secreto se revela durante la experiencia analítica. Teniendo tres años, la niña acompañaba a su niñera cuando esta tenía encuentros sexuales con un médico. Se infiere la enorme posibilidad de que este médico diera dinero tanto a la niñera como a la niña, “para asegurarse de su silencio” (Freud, 2006/1913, pág. 324). Es decir, garantizar la conservación del secreto, fundamentalmente de carácter sexual, tenía un precio. En una ocasión, instada por su mamá, intrigada por la procedencia de un dinero que la niña terminaba exhibiendo, es ella la que delata a la niñera. La mentira posiciona a la niña en el lugar imaginario, identificadorio, de un Judas traicionero, como la misma mujer testimonia en el proceso analítico, pero del mismo modo la implica en un lazo amoroso ferviente con la figura paterna. De esta manera la mentira sirve a la causa de un deseo.

Lo anterior nos conduce al momento en que Freud (2006/1897), en la célebre carta 69 a Fliess, da cuenta que las historias de seducción

narradas por sus histéricas remiten a un deseo donde los supuestos hechos están encubiertos por fantasías. El descubrimiento se presenta como la revelación de un “gran secreto” (pág. 301). Este viraje de pensamiento epistémico permite pasar del secreto de seducción narrado por sus pacientes al *secreto del deseo*, el cual es desconocido por el sujeto dado su estatuto inconsciente.

El otro caso que Freud (2006/1897) discierne remite a una mentira infantil derivada de las complejas rivalidades fraternas que se evidencian en situaciones de competitividad y alarde en el ámbito escolar. Ese alarde que Lacan, en su texto sobre *La familia* (2003/1938), descubría como inherente al complejo de intrusión. La mujer en análisis revela cómo se veía conminada a defender y apoyar a un padre que ella sentía cuestionado cuando una compañera de escuela se jactaba de que en su hogar habían tenido “hielo”. No entendía que su compañera hacía un juego de ironía refiriéndose al hielo que en grandes bloques trasladaban los carros y respondía ingenuamente que en su casa se disponía de hielo cada día; creía referirse a lo que se conoce como un helado de postre. Tremendo malentendido sustentado en el afán de no quedarse en una posición inferior respecto a su compañera, pero igualmente sustentado en no poner en entredicho la condición económica de la familia y, por tanto, el poder del padre. Con este mismo propósito de sostener la figura de un padre ideal, figura intensamente amada, miente cuando es interrogada sobre el dibujo de un círculo que debía efectuarse a pulso; ella había recurrido al compás. El padre había logrado ser objeto de admiración siendo ilustre dibujante. Haciendo sus trazos por esta vía tramposa, siguiendo la pista interrogante de Freud, la niña habría emprendido una relación de posesión y de posición identificatoria con un padre de grandeza y omnipotencia narcisista. No puede admitir su trampa, no puede aceptar su mentira, porque sería reconocer el crimen de un “amor incestuoso escondido” (Freud, 2006/1897, pág. 327), mantenido en el silencio del secreto. De ahí el componente culposos que Freud detecta en la fabulación mentirosa.

No habrá que pasar por alto que, si bien el secreto no es pronunciado con todas sus letras por el sujeto, no deja de ser comunicado por vías alternas. Cuestión interesante pues nos habla del carácter

permanentemente dinámico del contenido que se ha ocultado. Este, lejos de permanecer fijo e inmutable, está en constante movimiento, adhiriéndose a nuevas representaciones que no cesan de comunicarlo a través de distintas maneras. Hace falta únicamente quien funja de intérprete para darle forma.

El que tenga ojos para ver y oídos para oír se convencerá de que los mortales no pueden guardar ningún secreto. Aquel cuyos labios callan, se delata con las puntas de los dedos; el secreto quiere salirse por todos los poros. Y por eso es posible dar cima a la tarea de hacer conciente lo anímico más oculto. (Freud, 2010/1905, pág. 68).

La capacidad de ocultar es una operación constitutiva para el yo y forma parte de la vida del neurótico, tanto en lo privado como en lo social. Sin embargo, el contenido oculto puede llegar a teñirse de malestar comportando una carga que alcanza incluso a las generaciones ulteriores. Tisseron (2019/2011) sostiene que los secretos familiares se estructuran a partir de un contenido no dicho, escondido, al cual se le agrega la interdicción de ser conocido, generalmente por tratarse de un evento afectivamente cargado que de ser expuesto reactualizaría con toda su fuerza las condiciones que llevaron al sujeto a callarlo. Este último punto nos lleva a sospechar que lo no dicho que preserva al secreto se enmarca en una actitud de impostura e infatuación en la medida en que se piensa que, al no decirse, al no ser factible de verbalizarse, es como si ese evento nunca hubiera ocurrido. Es la función de desconocimiento propia del yo (Lacan, 1981/1953-1954), que hace alusión al comportamiento del avestruz que, enterrando la cabeza, en este caso la palabra en la profundidad de lo indecible estaría decretando que no existe lo que no se ve ni se enuncia.

Desafortunadamente eso indecible está lejos de desaparecer, el lastre de su transmisión puede hacerse presente en las generaciones siguientes a través de síntomas *extranjeros* que no se reconocen por ningún lado pues rebasan la historia personal del sujeto al estar enraizados en líneas familiares ascendentes cuya existencia ni siquiera se conoce. La inocente ignorancia del contenido interdicto no mengua en nada las manifestaciones sintomáticas que se presentan en la vida de todos aquellos que son portadores de un secreto transgeneracional.

El cuerpo, al fungir como la investidura real que contiene al ser, deviene “l’espace privilégié de la mise en scène de l’indicible”⁴ (Tisseron, 2019/2011, pág. 4). El secreto, aun cuando resulta desconocido, se enraíza en la carne que da entidad material a los rasgos del carácter, a los afectos y a las ensoñaciones del mundo interno. De esta manera se pone en escena un acto que se contrapone a sí mismo, pues lo acallado demanda una ocultación que, lejos de ser completa, termina por encarnar un exhibicionismo grotesco del cual emana con flagrante efervescencia, siempre de manera cifrada, el contenido de valía histórica silenciado. El quantum de energía que permite llevar a cabo dicha tarea toma como fuente a aquellos elementos pasados que, al no haber podido ser elaborados en la vida psíquica del linaje, no cesan de hacerse presentes. Repetición perenne que parece reclamar un nuevo sentido. De ahí que una de las encomiendas del análisis consiste en abrir la escucha a la dimensión generacional para salir del encierro de la propia historia, provocando y evocando a los fantasmas sin forma para proveerlos de un nuevo texto y, con ello, de otro lugar en la novela familiar.

La transmisión psíquica de los secretos

En un principio, lo transmitido al filo de las generaciones representa lo más propio de la constitución subjetiva. Enmarañamiento de significaciones atravesadas por las condiciones de la época, el contexto sociopolítico y las relaciones económicas que moldean, para cada sujeto, una impronta psíquica singular que va a comandar su manera de estar en el mundo. El devenir subjetivo del cachorro humano está marcado por la manera en que es esperado, las expectativas, los miedos y los deseos de aquellos que le dieron vida. Desde un inicio, esta intervenido por el Otro, incluso antes de tener existencia material. Su nacimiento, pues, es anterior a su alumbramiento y es previo también a su concepción.

La llegada de una nueva criatura humana reactualiza para los padres la relación con sus propios padres, su estatuto de hijos y su lu-

4 “El espacio privilegiado para la puesta en escena de lo indecible”. La traducción es nuestra.

gar en la trama familiar. Cada nacimiento obliga a un reacomodo genealógico para poder dar un lugar al nuevo integrante. En un inicio, el bebé se enfrenta a un mundo que desborda sus posibilidades de respuesta tanto orgánicas como subjetivas, el mar de significaciones al que súbitamente es arrojado excede su capacidad de comprensión; por todos lados no cesan de asaltarlos códigos, signos y símbolos que no posee y que más adelante deberá adquirir para participar en los intercambios auspiciados por el campo del lenguaje: “El mundo adulto está completamente infiltrado de significaciones inconscientes y sexuales cuyo código el adulto mismo no posee” (Tisseron et al., 1997, pág. 23). Significantes enigmáticos inconscientes que muchas veces portan piezas de la vida psíquica de los padres que se transmiten al linaje vía la identificación, la producción fantasmática, las formas de crianza, las palabras pronunciadas y lo silenciado.

La reactivación de la historia y de la prehistoria familiar materna y paterna, motivada por la llegada del cachorro humano, funge como una especie de apertura psíquica que enfrenta, sin velo alguno, a los padres ante afectos, sucesos, recuerdos, y/o traumatismos que habían sido separados de su vida anímica, enajenados, sepultados. Algo parecido ocurre con la muerte de un integrante del seno familiar, pues los momentos de pérdida vuelven a poner en circulación la manera en que cada quien ha lidiado con la castración, con su propia muerte y con las renunciaciones primordiales. Tanto el nacimiento como el fallecimiento enmarcan acontecimientos de la vida que sacuden subjetivamente al hacer más vigentes que nunca los impasses transgeneracionales que reclaman un nuevo trabajo de integración al mundo psíquico. Es justamente lo que Lacan (1990/1955-1956) plantea cuando nos dice que “hay algo radicalmente inasimilable al significante: la existencia singular del sujeto sencillamente” (pág. 256). El orden simbólico del significante lo hace trascender la muerte y recubre la sucesión y procreación de los seres. Allí donde el nacimiento y la muerte se imponen en lo real de su acaecimiento, los significantes vienen a sucederse entre ellos y a suceder a los seres a través de las generaciones.

Ante la imposibilidad de elaboración e integración simbólica de un elemento, la sucesión significativa se les impondrá a las siguientes generaciones, de suerte que tendrán que lidiar con aquello que sus

padres y/o abuelos rehuyeron. Engorrosa encomienda que se complica aún más cuando ni siquiera se conoce el punto muerto que ha obturado la consecución del movimiento. Tal es el caso de los secretos. Tisseron (1997), gracias a su trabajo clínico, rastrea la forma en que se transmite lo silenciado al filo de tres generaciones. Él postula que en la primera línea generacional se instaura un acontecimiento del orden de lo *indecible*, generalmente por tratarse de un secreto doloroso y/o vergonzoso que se comparte entre algunos miembros de la familia. En la segunda línea, eso que no se puede decir se convierte en un *innombrable*, que, si bien se trata de un contenido silenciado por los ascendientes, es completamente ignorado, al menos en su forma consciente, por los descendientes. Finalmente, en la tercera línea, lo que no se puede nombrar deviene un *impensable* del cual no hay una huella lo suficientemente inteligible que de pistas sobre lo que contiene. Las manifestaciones sintomáticas se presentan desde la primera línea; las múltiples formas que adquieren los malestares sobresalen por su carácter estrafalario y bizarro: vivencias extranjerías que no responden a la historia personal del aquejado y, por ende, tampoco terminan por entramarse en la cadena simbólica.

De aquí que González (2021) propone pensar la formación sintomática de las generaciones portadoras de un secreto, no como un retorno de lo reprimido –según el modelo freudiano–, sino como un *retorno de lo suprimido*, pues la segunda e incluso la tercera línea generacional se enfrentan ante un incognoscible, carente de contenido y de escena que no es para ellos ni inconsciente ni preconsciente, se sitúa, por ende, en un entre dos, en medio de ambos niveles. Los portadores de un secreto transmiten a sus predecesores un hueco, un vacío en el cual no hay ni siquiera un material inconciliable sobre el cual emprender un esfuerzo de desalojo. Así, lo reprimido se inscribe en la primera línea y retorna en las siguientes vía los síntomas. Trabajar con lo innombrable y lo impensable es un esfuerzo por elaborar algo a partir de una nada, un agujero, es la escritura de la historia.

Siguiendo a De Certeau y a Freud, podemos afirmar que la historia es caníbal, pues cuando crees que habitas un lugar propio, de pronto lo que dejaste fuera, que creíste exógeno, obsceno, no propio, retorna desde diferentes lugares y de diferentes maneras. (González, 2021).

El film *Un secret*, dirigido por Claude Miller (2007), ilustra claramente este punto. La historia está basada en la novela autobiográfica de Philippe Grimbert, escritor y psicoanalista francés de orientación lacaniana. En la trama, François Grimbert (personaje que da vida a Philippe) es un niño enclenque con tendencia a estar enfermo, retraído socialmente, solitario, y con nulo interés por los deportes a pesar de la insistencia de su padre, gimnasta profesional, quien hace notar en cualquier oportunidad la desaprobación y la decepción que le evoca su hijo. Desde su tierna infancia, a François lo acompaña la fantasía de tener un hermano mayor, un antecesor que seguramente habría triunfado en todo aquello en lo que él no dejaba de fracasar. Lejos de ser un visitante extraño, la idea de su presencia lo reconfortaba, de manera que continuamente lo imaginaba en su compañía, le aseguraba un lugar en la mesa a la hora de comer y pensaba en él durante el desarrollo de sus actividades cotidianas. Su consanguíneo encarnaba todos los anhelos del padre que él no podía cumplir, de manera que su existencia parecía menguar el peso tanto de la exigencia y del rechazo de la mirada parental como de la frustración interna que experimentaba por no poder estar a la altura de aquello que le era demandado. Alter ego viril, atleta y temerario, que, a diferencia de él, era capaz de salir airoso de cualquier obstáculo.

Un día, aparentemente como cualquier otro, François, ya en su adolescencia, se ve enfrentado a una reactualización de un fragmento de lo silenciado por sus padres que, sin saberlo, mora en él. Tras atestiguar, vía visual, a través de un documental en clase la situación recientemente vivida en la Francia ocupada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial experimentó una mezcla de sentimientos de cólera, frustración, impotencia y tristeza que hicieron imposible su estatuto de espectador pasivo como el resto de sus compañeros de clase. La intensa arremetida interior lo llevó a investigar y a develar el saber inconsciente que desde hace mucho tiempo anidaba en él. Sus padres, previo al estallido de la guerra, habían estado casados con otras personas. El esposo de su madre murió de enfermedad siendo preso político. Su padre, con su anterior familia, había tenido un hijo, Simón, que junto a su madre fue gaseado en las cámaras de la muerte alemanas en su primer día de llegada al campo de concentración. La existencia del primogénito le había sido ocultada por sus padres,

pues seguramente hablar sobre ello volvería a poner en circulación el sufrimiento que con tanto esfuerzo trataban fallidamente de desalojar de sus vidas. Así pues, el hijo negado de los padres, sin lugar en el discurso, retornaba para la segunda generación como el hermano fantasma.

El silenciamiento del pasado de la familia Grimbert congeló el transcurrir del tiempo, y con ello, los sucesos acaecidos en una línea temporal específica reclamaron una vigencia perenne, ignorante al paso de las manecillas del reloj. En el caso de Maxime, el padre de Simón, las pérdidas sufridas durante la guerra lo mantuvieron fijado a un tiempo-espacio que obturó la elaboración de lo vivenciado y, con ello, la construcción de otra escena que pudiera integrar en la vida psíquica lo ocurrido, en lugar de desestimarlos. En el hijo vivo, su sintomatología, “tierra extranjera interior” (Freud, 2008/1933, pág. 53), reactualizaba incesantemente el resto que sus padres se negaban a historizar. La ajenidad de su malestar se mostraba condensada en sus ensoñaciones, que, al formar parte de lo más íntimo de su acontecer anímico, delineaban un auténtico oxímoron que no hacía más que revelar la estructura alienante de su condición de sujeto.

Este punto nos remite a pensar lo *ominoso*, término alemán trabajado por Freud (2009/1919); mientras *Heimlich* hace alusión a lo familiar, lo doméstico y lo confiable, al anteponerle el prefijo *Un* se le agrega la marca de lo escondido, lo reprimido y lo secreto: “Se llama *Unheimlich* a todo lo que, estando destinado a permanecer en el secreto, en lo oculto, (...) ha salido a la luz” (pág. 224). Este saber inconsciente –que era consabido desde hace tiempo– se instala en el psiquismo y desde ahí ejerce sus efectos; su carácter terrorífico deviene a partir de que entra en la lógica de la repetición, presentándose reiteradamente en la vida subjetiva. La inscripción de lo familiar inquietante en las líneas inter y transgeneracionales es prueba imperecedera de que el inconsciente rebasa el espacio personal, propio del sujeto, y se infiltra en los lazos de filiación.

Sobre este punto, De Certeau (2007/1975), haciendo alusión al término alemán *Unheimlich*, postula lo siguiente:

Hay una “inquietante familiaridad” de este pasado que un ocupante actual expulsó (o creyó expulsar) para apropiarse de su lugar. El muerto habita al vivo. Remuerde (mordedura secreta y repetitiva), (...) todo orden autónomo se constituye por medio de lo que elimina, y produce un “resto” condenado al olvido, pero lo excluido se insinúa de nuevo en ese “limpio” lugar; se infiltra ahí, lo inquieta, vuelve ilusoria la conciencia que tiene el presente de estar en “su casa”, la habita a escondidas, y este “salvaje”, este “obsceno”, (...) esta “resistencia” (...) inscribe ahí, sin que lo sepa o en contra del propietario (el yo), la ley del otro. (pág. 23).

Es la imposición de un orden normativo que no da lugar a ser pensado, historizado y/o elaborado. La crudeza de su peso hace que caiga y se instale en la vivencia subjetiva, en las formas de estar ante la vida y en la experiencia de los síntomas. La transmisión a la tercera generación de lo desalojado, lo excluido, lo borrado y lo silenciado enfrenta al sujeto ante una falta de sentido que invade todos los espacios de su existencia.

Una de las vías para esbozar y, con ello, delimitar lo impensado que emerge desde el interior, es la ficción. François Grimbart al poner en circulación la ensoñación de su hermano mayor comenzaba a dar cuerpo a aquellos contenidos que al instalarse en su acontecer anímico estaban coartando su vida, tentativa repetitiva de hacer presente en las palabras lo que en las palabras mismas no tenía lugar. Una vez que pudo conocer la verdad soterrada de sus padres logró reposicionarse dentro de su genealogía herida. Claro está que el develamiento del secreto fue posible en este caso, lo cual sacudió el estancamiento temporal, pero, ¿qué pasa cuando no es posible enunciar el contenido histórico de lo silenciado?, ¿cómo poner en palabras lo innombrable e impensado?

La verdad histórica y la realidad psíquica del psicoanálisis

Mucha tinta ha corrido en torno al estatuto de *realidad* en el campo psicoanalítico. Sabemos que Freud en su primera enseñanza estuvo fuertemente influenciado por la ciencia positiva de la época y por los descubrimientos darwinianos que impactaron en prácticamente to-

dos los campos del saber. En el discurso hegemónico de entonces, el mundo externo, reflejo del funcionamiento interno, podía ser aprehendido y objetivado a través de los sentidos. En este terreno se inscribe la primera teoría sobre la etiología de la histeria, que fue un intento por ubicar el trauma sexual en un lugar preciso de la realidad material. En esta primera vuelta, la realidad externa es pieza clave para pensar el malestar. Sin embargo, más adelante, con el descubrimiento de la fantasía, lo efectivamente sucedido va a ser relevado por la realidad psíquica, domicilio de las ensoñaciones y del deseo.

El detrimento de lo efectivamente ocurrido en favor del socorrido lugar de las formaciones imaginarias en la obra freudiana parece reducir la cuestión a la siguiente pregunta, ¿se trata de fantasía o de realidad? Para complejizar más la cuestión, en el “Moisés y la religión monoteísta” (2010/1939) y en “Construcciones en el análisis” (2010/1937) se van a reformular las concepciones originarias a través del distinguir entre verdad histórica y verdad material. La segunda remite a los hechos realmente sucedidos que responden a un momento preciso, inscrito en un tiempo cronológico, mientras que la primera se configura como una “verdad histórico-vivencial” (Freud, 2010/1939, pág. 124) que, aunque se apoya parcialmente en la anterior, trasmuda, mediatiza, desfigura y trastoca sus elementos al interpretarlos e incorporarlos a la vida psíquica.

Entre la verdad histórica y la realidad psíquica la diferencia estriba en que la segunda se constituye “casi independientemente del mundo exterior [mientras que la primera] es un producto complejo que mezcla un poco de realidad material con mucho de realidad psíquica” (Green, 1900, citado en González, 1998, pág. 12). Esta separación dicotómica va a quedar completamente neutralizada gracias a otro desarrollo freudiano que se ha vuelto, hasta nuestros días, una suerte de máxima dentro del campo psicoanalítico: la premisa de que en el inconsciente no hay indicio alguno de realidad. Así, los elementos de la verdad material y de su contraparte, la verdad histórica, aparecen indiferenciados en el mundo psíquico.

De tal manera que el analista debe rehuir ocupar el lugar de detective, juez y acusador comprometido en legitimar o deslegitimar los

hechos materiales, pues los acontecimientos que atraviesan la vivencia subjetiva reclaman un reconocimiento, pero no desde el mundo exterior, sino un reconocimiento por cuanto poseen carácter, como dice Lacan en el seminario *De un Otro al otro* (2008/1968-1969), de un dicho. Es la vía en que el lenguaje en su materialidad misma se inserta en la materialidad del hecho, envolviéndolo o revolviéndolo. Los hechos, en su estatuto de acontecimientos, son dichos que los demarcan, los sitúan, dejando su traza subjetiva singular. No obstante, ¿en qué medida lo sucedido también se puede situar en el orden de lo no dicho por cuanto se advierte la eventualidad de algo por decirse, eventualidad que se puede denotar por la presencia de un síntoma en su posición central de pregunta sobre la historia, sobre una historia que compromete a más de una generación? Para Lacan (2021/1958-1959), el estatuto de lo no dicho se desprende de la materialidad misma del decir: “Para que ese no dicho subsista, hay que decirlo en el nivel del proceso de la enunciación, es decir, en calidad del discurso del Otro” (pág. 89).

Un caso de Françoise Dolto (2008/1986) da cuenta de este decir que subsiste en un síntoma como resguardo de un no dicho. Se trata de un chico de once años que presenta tics luego de la ceremonia fúnebre por la muerte del abuelo. El niño había sido testigo, estando precisamente en casa de los abuelos, de una conversación secreta entre sus padres acerca de un intento de asesinato dirigido a un tío paterno. En esa ocasión el niño escuchó que sus padres estuvieron de acuerdo en esa tentativa criminal, fratricida, donde el agresor era el hermano mayor del padre. El intento, del cual a su vez fue testigo el padre del chico, se cumplió a medias pues la agresión solo llegó a herir a la víctima. Los padres se comprometieron a silenciar esta tentativa y su connivencia. El chico, por su parte, da cuenta de la apuesta transgresora de la ley en sus padres y se ve empujado también a silenciar todo el asunto. Sus síntomas, operando el decir, delatan su complicidad en este secreto, reproduciendo a su vez la complicidad de los padres. Sus dibujos exponen la manera en que interpreta lo no dicho, lo que Dolto conceptualiza como imagen inconsciente del cuerpo. Deja fuera de la escena del dibujo, como si no cupiera en su marco, la cabeza sea de un jinete o de su caballo en su despliegue dinámico. Es una cuestión álgida ¿qué tienen en la cabeza, o en qué

cabeza cabe, algo deshumanizante como matar, y particularmente, a un miembro de la familia? La culpa no dicha, relictos de complicidad, se trasluce igualmente a través de la presencia en los dibujos de una espada o un rayo divinos en función castradora-punitiva respecto a esta apuesta asesina.

Abraham y Torok (2005) proponen pensar la realidad del secreto como un concepto metapsicológico: “El concepto metapsicológico de Realidad remite, en el aparato psíquico, al lugar donde el secreto está sepultado” (pág. 227); este alojamiento anímico surge a partir de la exigencia de que algo permanezca oculto e inconfesable, pacto de silenciamiento que nunca se lleva en solitario, pues “no hay secreto que no sea, originalmente, compartido” (pág. 228): la escena ominosa, posteriormente silenciada, pasa también por un tercero cómplice de un gozar indebido. Al tiempo que la permanencia de lo sepultado no es casual, pues cumple con una función específica dentro de los lazos de filiación que no es sencillo exorcizar, ya que cualquier movimiento puede llegar a estremecer los cimientos en los que se han edificado distintas historias de vida. En este punto, el trabajo en análisis puede fungir como un espacio para bordear los indecibles que han petrificado la circulación anímica. Es una apuesta por pensar, en la relación transferencial con un otro, lo que hasta ese momento solo había podido ser pensado actuando, con el cuerpo y con el síntoma⁵.

El trabajo clínico con portadores de secretos inter y transgeneracionales. La noción de *cripta*

La transmisión de los restos silenciados y secretos a las siguientes generaciones es un tema que ha sido retomado por varios autores, tal es el caso de la psicoanalista Yolanda Gampel (2006), quien trabaja clínicamente con los descendientes de sobrevivientes del holocausto nazi. Los

5 Esta idea se desprende de Rosa Luxemburgo, quien tenía claro, gracias a su militancia política, que existen cosas que solo pueden pensarse en colectividad, juntos, y no de manera individual. Se trata de pensar con los otros lo que no puede ser pensado por uno mismo.

síntomas que sus pacientes traen a sesión están atravesados por duelos en suspenso que los llevan a conducirse en la vida como si estuvieran habitados por muertos-vivos. El terror y el sufrimiento de sus ancestros se manifiesta en ellos. Historias desconocidas que, hartas veces, ni siquiera fueron puestas en palabras por los implicados en primera línea.

El trabajo analítico más que ir a rastrear los fragmentos despedazados de la historia material secreta para armar el rompecabezas colocando los pedazos faltantes, le apunta a la posibilidad de simbolizar esas piezas, de crear una ficción que permita interpelar al sufrimiento encarnado que ha devenido propio sin dejar de ser ajeno. Sin embargo, para ello se necesita un texto, una ocurrencia, un sueño, una suerte de tejido a partir del cual poder asociar y dinamitar lo que ha quedado coagulado en la condición sintomática. Muchas veces, de entrada, no existe tal tejido, por lo que tanto el clínico como el paciente quedan enfrentados a un abismo, a una nada, a un agujero.

El secreto, en la segunda y en la tercera línea generacional comporta un exceso de saber negado que paraliza el tiempo. La materia no metabolizable, condensada, resulta traumática ya que desborda las posibilidades de respuesta del sujeto, pues de entrada no hay una ni siquiera una escena frente a la cual posicionarse, al menos no para ellos desde su historia personal, aunque paradójicamente sin saberlo han estado conviviendo con la escena terrorífica de los padres y/o de los abuelos.

Abraham y Torok (2005) proponen que el secreto genera una cripta psíquica en las siguientes generaciones, auténtico cementerio interior cuyo guardián de la sepultura es el Yo: "La existencia de un panteón semejante tiene por efecto obturar las paredes semipermeables del Inconsciente" (pág. 229). Se construye así una suerte de inconsciente artificial en el seno del Yo cuyo cometido es que nada pueda ser filtrado hacia el exterior. No obstante, el entierro es parcial, pues lo que está bajo tierra no puede ni morir completamente ni volver a la vida, terreno intermedio, ambiguo e indeterminado que paraliza la circularidad del aparato anímico. Las denegaciones y las constantes desmentidas del sujeto portador de una cripta, *criptóforo*, atestiguan tanto la existencia oculta de palabras enterradas vivas como la vigencia que el contenido pasado sigue ejerciendo en la vivencia actual.

El silenciamiento, el encierro y el entierro también pueden propiciar las condiciones para que el objeto endocríptico sea incorporado en el Yo. Este movimiento pone en evidencia la presencia de un “duelo inconfesable” (Abraham y Torok, 2005, pág. 239), pérdida que no ha podido ser elaborada y por tanto ha quedado aislada en el psiquismo. Perpetuación de afectos, imágenes, palabras y/o sucesos traumáticos que ahora subsisten enquistados en el orden de la filiación. Con ello, la potencia creadora de la metáfora queda detenida y la posibilidad de bordear con palabras el vacío se encuentra radicalmente suspendida. Cabe señalar que la desmetaforización recae sobre la fantasía de incorporación, pero no sobre la realidad psíquica, de cuyo reservorio siguen emergiendo contenidos libidinales subversivos que no se adaptan a dicha exclusión, y a partir de los cuales es posible tomar noticia de la existencia de una cripta intrapsíquica.

Asimismo, la existencia de una cripta puede dar lugar a una “identificación endocríptica” (Abraham y Torok, 2005, pág. 265), proceso inconsciente a partir del cual un fragmento de la sombra del objeto de ultratumba recae sobre el sujeto criptóforo generando una identificación oculta e imaginaria que da vida, parcialmente, al contenido soterrado que imprime en el Yo esbozos de lo indecible. Este mecanismo es un intento por resarcir, a través de la fantasía, la herida abierta silenciada que se ha transmitido al filo de las generaciones.

Es así como el portador de una cripta deviene prueba fehaciente de lo rechazado en el orden de la filiación, su sintomatología hace presente lo que ha tratado de ser fallidamente desalojado del discurso. De ahí que su malestar encarnado sea percibido como peligroso para el núcleo familiar, pues conmina directa e indirectamente a los distintos sustratos generacionales a hacerse cargo de aquello a lo que le han negado una tramitación simbólica.

Para el psicoanalista chileno, Pablo Cabrera (2021):

En la historia y trayectos de las relaciones de filiación, las violencias que se silencian y ocultan en una generación, retornan y se vuelven a presentar en lo real de la siguiente. A veces en un vacío representacional, en otras ocasiones en intensos afectos bizarros, intrusivos,

que emergen sin razón aparente o, también, se esparcen en el campo del acto que muestran su escenificación, aquello que nadie hasta ese momento ha podido recibir de un testimonio no-dicho. Son verdaderas modalidades presentacionales, de historias silenciadas entre las generaciones que retornan (...). (pág. 11).

Las violencias silenciadas y secretas en el orden generacional retornan y se hacen presentes en los descendientes a través de excesos de no saber que requieren ser apalabrados e inscritos en la vida psíquica. Conocer lo efectivamente sucedido muchas veces no alcanza, pues el suceso histórico, más que reclamar ser narrado, demanda que se analice la manera en que fue transmitido al filo de las generaciones, así como los posicionamientos subjetivos que el linaje construyó para responder a lo heredado. Al vacío de significación se le antepone un exceso de significación que es necesario elaborar para aminorar su carácter insidioso en la vida.

Las formaciones del inconsciente que generalmente se ponen en circulación en los pacientes portadores de una cripta tienen que ver con terrores nocturnos, sueños, delirios y fantasías que los orillan a llevar una suerte de existencia doble atravesada por la culpa, la vergüenza y el terror constante que se ve exacerbado por una ausencia de escena. El detenimiento del tiempo no es por lo que supieron, sino por lo que No supieron y no tuvieron oportunidad de metabolizar e incorporar en su vida psíquica.

El trabajo clínico con este tipo de pacientes es llamado por Davoine y Gaudillière (2010), *clínica de los fantasmas*, aludiendo a los verdaderos fantasmas, no al concepto freudiano de fantasía. Los espectros a los que se refieren remiten a imágenes sobrevivientes, a muertos no enterrados que existen porque los sobrevivientes los llevan consigo en su interior, presencia insidiosa que atraviesa su vida de manera permanente, fracturando con ello la posibilidad real de que puedan ser transformados en representaciones-palabra, en imágenes pensables y verbalizables. Un acontecimiento fijo, que mantiene toda su investidura energética, no puede entrar en la lógica del intercambio de la vida anímica, le está vedado también incursionar en el terreno de la transmisión, salvo bajo esta forma de transmisión de la memoria

traumática: “la que no olvida nada” (Davoine y Gaudillière, 2010, pág. 75). Hay personas que no únicamente llevan en sus hombros el peso del acontecimiento, sino que ellos mismos son el acontecimiento encarnado, eso no dicho enmarcado de culpa y/o vergüenza.

Apuntes finales

La transparente opacidad del secreto es elocuente y estrepitosa, lo reiterativo de sus manifestaciones sintomáticas parecen poner en escena una búsqueda por elaborar e incorporar esos fragmentos que, aunque no se corresponden con la historia personal del sujeto, pululan sin descanso en su interior, y frente a ello, ¿de qué manera comenzar a fantasmaticar lo impensable, innombrable y/o indecible que ha quedado inscrito en el orden de la filiación?

El trabajo clínico con portadores de secretos representa un reto tanto para el analista como para el paciente pues ambos se enfrentan ante un exceso de saber no sabido que excede el marco de la fantasía y se infiltra en la vida subjetiva de su portador, conduciendo gran parte de su actuar. El analizante, al dar una lectura a los malestares que aquejan su existencia, comienza a bordear y a localizar la cripta que le ha sido transmitida por las generaciones ascendentes. Se vuelve así intérprete de su propia historia, resimbolizando, resignificando y reincorporando esos restos crudos, que, precisamente por su carácter burdo, negado y desestimado cayeron con todo su peso, incrustándose en su psiquismo.

Muchos hijos y nietos han heredado una cripta de sus padres y de sus abuelos, su contenido remite a una escena inconfesable que los deja presos en un acto que no cesan de representar, al tiempo que desconocen tanto el papel que desempeñan como las motivaciones que los llevan a hacerlo. Instauración de un orden que se impone sin que se piense. El actuar motivado por lo inconsciente da forma a excesos de saber que requieren ser inscritos para menguar el malestar que comportan en la vida. Desde esta perspectiva, el retorno regular al diván de los pacientes endocrípticos quizás podría ser traducido

de la siguiente manera: “Así como vuelvo a ti (analista), así persiste en mí la esperanza de reunirme un día con la experiencia encriptada” (Abraham y Torok, 2005, pág. 282).

Es necesario remarcar que no se trata de establecer un burdo paralelismo entre la novela familiar y La verdad histórica de lo sucedido, pues eso equivaldría a ejercer una violencia de escalas traumáticas que dejaría imposibilitado al sujeto de seguir tejiendo una discursividad en torno a lo que le acontece. Sin embargo, cuando es posible conocer el contenido oculto, este puede servir para potenciar las producciones imaginarias. A partir de un texto, sin importar su veracidad material, se presentan nuevos elementos que pueden ser interpelados, refutados, negados y/o incorporados a la vida psíquica. La riqueza de estos contenidos radica en que ofrecen una vía para salir de la circularidad congelada a la que tantas veces remiten este tipo de casos. No habrá que olvidar que nosotros “trabajamos con una realidad psíquica que siempre excede a la realidad material, pues alude a otra dimensión de la temporalidad en la cual hacen presencia los acontecimientos psíquicos” (Sierra, 2020, pág. 65).

Sin embargo, cuando no es posible apalabrar la realidad material del secreto, Françoise Davoine y Gaudillière (2010) postulan que habrá de proceder “como hacen los matemáticos sobre ese campo, con la x , lo desconocido” (pág. 58). Para llegar a resolver el enigma de la x , los expertos en números no interpelan directamente al dato de manera independiente, pues el mismo por su condición, nada puede revelar. Por el contrario, se sirven de los elementos circundantes para poder esbozar su contenido. Esta bella metáfora ilustra el trabajo con este tipo de clínica, pues frente a un acontecimiento anulado, desconocido, se construyen y deconstruyen sus piezas a través de aquello que emerge de la vivencia sintomática del sujeto. Interrogar al malestar subjetivo, implica, en todos los casos, abrir la escucha a la dimensión generacional en la cual se ha cimentado una vida.

Freud, por su parte, durante el desarrollo de su aparato crítico se enfrentó constantemente a la ausencia de material previo; su texto “Moisés y la religión monoteísta” (2010/1939) es, quizás, la expresión más nítida de este punto. Al desarrollar los argumentos que sostienen

que Moisés era egipcio y no judío, Freud se embarca en la escritura de la historia a partir de una nada, de la falta de documentos escritos, registros orales o cualquier otro indicio de información sobre el tema; se crea así una estructura discursiva que se instala sobre ese supuesto vacío, la cual evidentemente no puede ratificarse en la realidad material pero cuya riqueza reside en su carácter heurístico. El trabajo en análisis con portadores de secretos es también una apuesta por crear algo a partir de una ausencia, un agujero, un vacío.

Referencias

- Abraham, N. y Torok, M. (2005). *La corteza y el núcleo*. Amorrortu.
- Cabrera, P. (2021). Retornos e interpelaciones en torno a la historia de los otros [Prólogo]. *Los agujeros negros de la dictadura. Hijos e hijos de represores: un abordaje desde la clínica*. Tiempo Robado.
- Colina, F. (2013). *Sobre la locura*. Cuatro.
- Davoine, F. y Gaudillière, J. (2010). *El acta de nacimiento de los fantasmas*. Fundación Mannoni.
- De Certeau, M. (2007/1975). *Historia y psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*. Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Dolto, F. (2008/1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Paidós.
- Freud, S. (2006/1897). Carta 69. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras Completas* (Vol. 1, págs. 301-302). Amorrortu.
- Freud, S. (2006/1913). Dos mentiras infantiles. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras Completas* (Vol. 12, págs. 319-328). Amorrortu.
- Freud, S. (2006/1925). La negación. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras Completas* (Vol. 19, págs. 249-258). Amorrortu.
- Freud, S. (2008/1933). 31.^a conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras Completas* (Vol. 22, págs. 53-74). Amorrortu.
- Freud, S. (2009/1919). Lo ominoso. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras Completas* (Vol. 17, págs. 215-252). Amorrortu.
- Freud, S. (2010/1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras Completas* (Vol. 7, págs. 1-108). Amorrortu.
- Freud, S. (2010/1937). Construcciones en el análisis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras Completas* (Vol. 23, págs. 255-270). Amorrortu.

- Freud, S. (2010/1939). Moisés y la religión monoteísta. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.). *Obras Completas* (Vol. 23, págs. 1-132). Amorrortu.
- Gampel, Y. (2006). *Esos padres que viven a través de mí. La violencia de Estado y sus secuelas*. Paidós.
- González, F. (1998). *La guerra de las memorias. Psicoanálisis, historia e interpretación*. Plaza y Valdés.
- González, F. (22 de septiembre de 2021). *El abordaje histórico para el estudio de la subjetividad en las ciencias sociales* [Seminario]. Actividades de la Maestría en Psicología Social de grupos e instituciones de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. División de Ciencias Sociales y Humanidades. Coyoacán, Ciudad de México.
- Lacan, J. (1981/1953-1954). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 4: Los escritos técnicos de Freud*. Paidós.
- Lacan, J. (1990/1955-1956). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 3: Las psicosis*. Paidós.
- Lacan, J. (2003/1938). *La familia*. Argonauta.
- Lacan, J. (2008/1968-1969). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 16: De un Otro al otro*. Paidós.
- Lacan, J. (2021/1958-1959). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 6: El deseo y su interpretación*. Paidós.
- Miller, C. (2007). *Un secret* [Film]. París, France: UGC.
- Sierra, I. (2020). Psicoanálisis. El caso y su escritura. En I, Sierra., E. Cerecer y S. Pérez (Coords.), *La transmisión subjetiva en psicoanálisis: Genealogía y filiación* (págs. 71-100). Desencuentros.
- Tisseron, S., Torok, M., Rand, R., Nachin, C., Hachet, P. y Rouchy, J. (1997). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Amorrortu.
- Tisseron, S. (2019/2011). *Les secrets de famille. Que sais-je?*
- Wittgenstein, L. (1988/1928). *Investigaciones filosóficas*. Crítica.